



CONMEMORACION CIVICA

QUE, POR ENCARGO

De la Junta Patriótica,

PRONUNCIÓ

EL LIC. MANUEL BRISO Y CANDIANI,

—EL—

5 DE MAYO DE 1896.



OAXACA.

Imprenta del Estado, 2<sup>a</sup> de Murguía, núm. 9.

1896.





## Conciudadanos:

**C**ICATRIZADAS ya las heridas que nos abrió la Intervención francesa, venimos ahora, ante el altar levantado á Zaragoza, sólomente á honrar una vez más á los defensores del pueblo mexicano que salvaron la patria autonomía.

La narración de la defensa legendaria de Puebla en 1862, abunda en detalles interesantes para todo pecho mexicano, y el recuento de las heroicas hazañas de nuestros bravos adalides y de nuestras tropas abnegadas, se ha hecho ya en esta tribuna por oradores, cuya elocuencia no me es dado igualar.

Además, con esa narración van mezclados, aunque no lo quisiéramos, reproches y recriminaciones que hoy ya no tienen razón de ser, porque la Francia es un pueblo amigo, es más: un pueblo maestro, cuyas enseñanzas han sido fecundas para todos los pueblos latinos del Nuevo Continente, y muy especialmente para México, aún antes de que aquel aventurero ambicioso, aquel especulador del pueblo francés, aquel Napoleón III, se hundiera en las lobre-gueces del desprestigio.

Pero la Junta Patriótica me hizo su intérprete, y voy á deciros algunas palabras, inspiradas por los recuerdos de aquella jornada gloriosa.

La batalla del 5 de Mayo tuvo para la Francia trascendencias funestas que no es oportuno puntualizar hoy, y prestigió, si no á nuestras huestes republicanas, sí al pueblo mexicano, á quien se vió desde entonces muy distinto de lo que había parecido, cuando un pastelero nos cobró con usura los daños que sufriera en una de nuestras gue-

rras civiles, ó cuando el ejército norteamericano se alejó de nuestro suelo arrancándonos las tierras de Tejas y de la Alta California: los relatos de lo acaecido en Puebla y del desastre de Lorencez, obligaron al emperador de los franceses á sacrificios que debían comprometer su tranquilidad y acabar con su falso prestigio, é hicieron variar la opinión que acerca de nuestro patriotismo tuvieran los pueblos del Viejo Continente. Y, á mayor abundamiento, después, con mayor gloria, aunque con menos fortuna para nosotros, supieron cómo se defendió Puebla contra el mariscal Forey. Y más tarde, el sitio de Querétaro, gloria de Escobedo, y el asalto de Puebla el 2 de Abril, hazaña que inmortalizó á nuestro General Díaz, nos dignificaron para siempre.

Pero la más alta significación del triunfo obtenido el 5 de Mayo, está: en que él revela la actitud resuelta de un pueblo ya constituido y dispuesto de una vez al duelo á muerte á que lo pro-

vocaban sus enemigos interiores y exteriores.

Desde 1862 se vió aquí y allá, en América como en Europa, que el pueblo mexicano contaba ya con una bandera victoriosa: su Constitución federativa de 57, y que, con la convicción íntima y profunda del poderío de sus hijos, seguía un sendero muy distinto y áun opuesto, al que emprendió cuando tuvo dictadores torpes, crueles y pusilánimes como Bustamante, y prestidigitadores y cómicos de gabinete, como el célebre D. Antonio López de Santa Anna.

En la lucha por los principios, el partido enemigo de la libertad en la Constitución, se había visto, al fin, reducido á la impotencia, y, apelando al recurso único que le quedaba, y reanudando sus trabajos en Europa, se propuso el doble fin de plantear la soñada monarquía é impedir el curso majestuoso de las ideas reformistas que se iban encarnando más y más en la conciencia pública.

El heroico pueblo francés fué el ins-

trumento de la acción combinada del impopular Napoleón III y de los despechados impugnadores de la Constitución, que lo arrastraron á tan temeraria empresa en contra de un pueblo que, por su adhesión á la democracia, no respetó ni áun á Iturbide, á quien había amado por un momento, creyéndolo su salvador.

Maximiliano, víctima de su debilidad y de la ambición de su consorte, aún hoy tan terriblemente atormentada por un destino implacable, subió las gradas de un trono levantado como sobre movediza arena, cayó al golpe de la justicia republicana y fué devuelto inanimado á la Europa intervencionista, significándose así: que México había entrado definitivamente á la vida tempestuosa, sí, pero fecunda en libertades y en bienes, de la democracia.

Si nosotros, á pesar del tiempo transcurrido, celebramos aún el aniversario del 5 de Mayo de 62, es: porque en aquella gloriosa defensa están condensadas nuestras energías de pueblo libre,

nuestras aspiraciones de pueblo democrático, nuestra dignidad de pueblo americano y nuestro anhelo íntimo y profundo de regirnos por nosotros mismos y sin las inspiraciones de gobiernos extraños.

El pueblo oaxaqueño viene hoy ante el altar de los héroes, donde Zaragoza irradia con fulgores de legítima gloria, á honrar el recuerdo de los defensores de esos anhelos de México; viene sonriente, porque las oleadas de luz de nuestros anales patrios iluminan el horizonte de su vida política.

Sólo una nube de tempestad, que parece haberse disipado, manchó por unos momentos la limpidez de nuestro cielo; pero, aunque pasajera, esa nube deja en nuestro ánimo muy hondos y muy amargos dejes. . . . !

No es la primera vez que, conmemorando nuestro triunfo de Mayo en las colinas de Puebla, me dirijo á tí, valiente pueblo oaxaqueño, que tantos sacrificios has aceptado por la santa causa de la libertad constitucional; pero

hoy. . . . mi corazón republicano se oprime por el peso de un dolor acerbo é infinito.

Yo abrigo un respeto religioso por los hombres libres, por los que escriben y censuran á nuestros mandatarios honradamente, por los que emiten juicios más ó menos atrevidos sobre nuestras leyes; y precisamente, porque admito en mi fe republicana áun el derecho de pedir la derogación de las leyes, desconozco el movimiento de la rebelión sediciosa en que, á mano armada, se viola la propiedad, se mancilla la honra de las familias, se espanta con el incendio, se atenta contra la persona sagrada de las autoridades y contra los séres inermes é inocentes. . . .

¡Oh, y cómo va á quedar mancillado el nombre oaxaqueño en el concepto de los pueblos extraños! ¡El nombre oaxaqueño, que tan limpio ha atravesado por los fastos de la historia nacional!

Pero ¡que nos sirva á lo menos de lenitivo, pensar que las regiones ne-

gras de la rebelión fueron aquellas en que la escuela aún no ha podido ejercer su bienhechora influencia! ¡Que mitigue nuestra pena la actitud que han guardado en los últimos trastornos el pueblo de Oaxaca y los distritos donde hay más valor y más virtudes cívicas! ¡Que se aminore nuestra amargura, pensando que esos atentados han tenido una resonancia lúgubre en la mayor parte del Estado y que han recibido en él la reprobación casi general!

¡Perdonadme este arranque involuntario que se escapa de mi corazón herido por el dolor, y que haya turbado por unos instantes vuestros santos regocijos patrióticos! Voy á concluir.

En la lucha contra la Intervención y el llamado Imperio, la Patria exigió de sus hijos el sacrificio, y tuvo incontables defensores que la salvaron sin arredrarse ante los calabozos, ante el destierro, ante la actividad insaciable de las cortes marciales, ante los patíbulos, ante el incendio y las hecatombes. La Patria, que es sentimiento, tiene, pues, un mar-

tirológico que llevamos en el corazón; la democracia—que también luchó en aquella época—la democracia que es idea, é idea altísima y excelsa, tuvo, en aquel entonces, sus heroicos confesores que se apresuraron á morir por ella; pero la democracia es insaciable, porque es infinita en bienes;

La democracia quiere: que, no la canna ó la taberna, no el garito, no el burdel, no la plaza de toros, no el palenque de gallos, sino el taller, el teatro, el gimnasio, la escuela de tiro, la sala de esgrima, el hipódromo y todos los sitios destinados á favorecer noblemente el desarrollo de una generación vigorosa, sean el campo de actividad de la juventud, de esa fuerza omnipotente que entra á la vida llena de energías salvadoras, henchida de doradas ilusiones;

La democracia quiere: que no la venalidad ni el desconsolador indiferentismo corrompan el sagrado ejercicio del más precioso de los derechos del pueblo, del derecho electoral, base fir-

mísima de la justicia y de la paz de los Estados;

La democracia quiere: que la noción de la justicia sea el pan espiritual del niño en la escuela, de la mujer en el hogar y aún en el templo, del labriego en la choza, del artesano en el taller y de todo ciudadano en el ejercicio de sus derechos;

La democracia quiere: que la vida entera del ciudadano se caracterice por un respeto profundo á las autoridades y por un acatamiento digno y exento de hipocresía, á las leyes emanadas de los representantes del pueblo;

La democracia quiere: que no la asonada, que no el motín, que no la rebelión sediciosa con todo su cortejo de crímenes execrables, sino el noble ministerio de la prensa, ó el sagrado derecho de petición, escuden al pueblo é impulsen á sus mandatarios en el ejercicio del poder público;

La democracia quiere: que llevemos á la conciencia del indio analfabético la noción de la fraternidad de las razas,

de la comunión de los pueblos, y que borremos de nuestro vocabulario, no sólo la palabra despectiva con que heríamos al español, y la otra, con la cual aún denominamos al extranjero laborioso, sino también la que nació con la dominación española y con la que lastimamos la sensibilidad y aumentamos la desconfianza del indio, á quien es preciso incorporar á nuestra cultura;

La democracia quiere: que manumitemos á ese hijo de nuestras selvas, llevando á su mente el verbo de la civilización, ya venga á nuestros mercados, ó buscando en el servicio doméstico el rayo de luz que anhela; que, haciéndolo partícipe de nuestras costumbres, despertemos su dormido corazón, instruyéndolo y enseñándolo á amar, á confiar, á esperar, y que empleemos con él la benevolencia y la caridad bien entendida;

La democracia quiere: que llevemos al corazón de la mujer, enamorada, aquí, de Roma y no de México, la noción de la patria, que la enseñemos á adorar á

los santos del martirologio de la libertad mexicana, para que infiltre esa preciosa esencia moral en el corazón de sus hijos;

La democracia quiere: que manumitamos á ese sér débil y dulce, abriéndole las puertas de los talleres, de las profesiones, de las oficinas, y reformando, en bien de ella, la legislación del matrimonio, para que no sea esclava vitalicia ó espía é instrumento del fanatismo clerical;

La democracia quiere: que exaltemos, que dignifiquemos al maestro de escuela, considerado hoy como el ministro del honor cívico, como emisario de la buena nueva del progreso, como el poderoso agente de la cultura, para que, uniendo la educación á la instrucción de los escolares, contribuya al bien universal;

La democracia quiere: que multipliquemos las escuelas, mejorándolas en calidad, de tal modo, que realicen el principio de la educación completa en el orden físico, intelectual y moral; por-

que la instrucción sola, en el niño, no tiene importancia para la vida política; y quiere asimismo: que en la escuela primaria la enseñanza sea uniforme para el hijo del labriego, para el hijo del acaudalado, para el huérfano desvalido;

La democracia quiere: que en el municipio, en el jurado, en los comicios, en el club político y en todas partes donde se traten los públicos asuntos, sea la voz de la justicia, sea la voz del interés social, sea la voz de la razón ilustrada, en una palabra, la voz del derecho sacratísimo de los pueblos, la que inspire el voto, el fallo, el veredicto, el dictamen, la determinación, el acuerdo, y la proclamación entusiasta;

La democracia quiere: que la prensa, que la tribuna, que la cátedra, que el libro, que el espectáculo público, resplandezcan por la elevación de sus miras, por la grandeza de sus ideales, por la pureza de sus enseñanzas en el sentido del derecho inviolable del pueblo;

La democracia quiere: que honre-

mos al filántropo, aunque se llame cura, y que trabajemos por reducir al sacerdote á la vida pura de la caridad, alejándolo de la vida política y de los intereses materiales, para que no nos estorbe en la obra redentora que venimos persiguiendo, ni infiltre en sus feligreses el veneno de la intolerancia, haciendo así frustráneo el progreso moral, sin el que son ficticios todos los otros progresos;

La democracia quiere: que se ablande la dureza del rico avaro y que se logre hacerlo productor en beneficio público, así como que alentemos el proletario, iluminando su mente y fortaleciendo su corazón con la esperanza; quiere: que no permanezcan ocultos é inútiles esos criaderos de petróleo, esas montañas de carbón de piedra, esas miriadas de árboles que nos brindan riquísimas maderas; quiere: que esas masas de hombres que se consumen en la inacción, en la embriaguez y en las multiplicadas fiestas religiosas—que un clero mundano y nada evangélico sostiene

ne, olvidándose de la pureza, de la vida cristiana,—se empleen en el trabajo rentador y fecundo;

La democracia quiere: que, uniendo nuestro personal esfuerzo al de los Gobiernos, multipliquemos las vías de comunicación, que son las arterias de la vida social;

La democracia quiere: que apliquemos nuestra actividad á nuestros fértiles campos, á las vetas minerales de nuestra Sierra Madre, para que aquellos campos y esta Sierra nos devuelvan en frutos de bendición el sudor de la frente y la fatiga de nuestros brazos;

La democracia quiere: que, abandonando la *patriotería* y el provincialismo criminal, favorezcamos la colonización, para que no ofrezcamos el triste espectáculo de ser el pueblo rico ¡más pobre del mundo! ni figuremos al lado de los cafres y de los hotentotes en la estadística de los humanos progresos;

La democracia quiere; que la riqueza territorial que no tiene dueño, se reparta equitativamente entre los que sa-

ben trabajar, sean quienes fueren; pues la tierra es madre común, y si él que la ocupa no la explota, no tiene derecho á seguir en posesión de ella;

La democracia quiere: que, en vez de espinas, reguemos flores al paso del extranjero honrado y laborioso, y que, en vez de cerrar con puertas de hierro, como lo hacía la metrópoli española, las fronteras del Golfo, del Pacífico y del Norte, tendamos la escala y el puente amigos, para recibir sonrientes á los hijos de otras naciones que vienen á iniciarnos en los misterios de ese nuevo culto que se llama el trabajo;

La democracia quiere: que imitemos á las naciones que, como Francia, deslumbran con el brillo de su genio; que, como Alemania, subyugan por el poder de sus sabios; que, como el Imperio Británico, admiran por su culto á la libertad y por su poderío en los mares; que, como Suiza, enseñan á la humanidad el alfabeto de la civilización; que, como los Estados Unidos de Norte, asombran por sus adelantos en las artes

mecánicas y atruenan el mundo con la voz de sus locomotaras;

La democracia quiere: que dilatemos el concepto del derecho de las naciones, inspirándonos en la reciente atrevida declaración del Presidente Díaz, hoy enaltecido desde la Patagonia hasta el Niágara, por su sabia interpretación de la Doctrina Monroe; porque esa declaración no es un cartel de desafío, sino el toque de *requiem* de las intervenciones europeas en el mundo americano;

La democracia quiere: que en días como el presente, consagrados al patrio regocijo y á la santificación de nuestros héroes, nos propongamos divinizar el trabajo honrado, que es la gran virtud para las sociedades modernas y la única aristocracia que admitir podemos;

La democracia quiere: luz para el individuo, luz para la familia, luz para el pueblo; virtudes cívicas en los que mandan y en los que obedecen; respeto profundo á las autoridades y á la ley, en la que se conderisa el destino social; afán

eterno por el progreso material, intelectual y moral; espíritu de amplia fraternidad para con el extranjero laborioso; culto digno á los héroes que nos libertaron, manifestado por actos viriles y por la imitación de las virtudes que les abrieron las páginas de la inmortalidad. . . .

Si esto que exige la democracia, realizas ¡oh pueblo oaxaqueño! lo tendrás todo: “la conciencia de tu fuerza, el prestigio de una lucha gloriosa, la libertad en todas sus fecundas aplicaciones, defensores que saben morir por ella, leyes que te guíen, el porvenir que te sonrío y el poderoso espíritu de tus grandes hombres, de tus héroes, de tus mártires, que velan por tí desde el cielo.”

*Manuel Bricco y Candiani.*

